

LA ACTUALIDAD DE GRAMSCI

R. Pardo Avellaneda

EN ESTOS ÚLTIMOS AÑOS y señaladamente desde los acontecimientos históricos del año 68 (Mayo francés; invasión de Checoslovaquia) se viene produciendo una auténtica inflación en el uso de nombres, conceptos y teorías de pretendida filiación gramsciana. Consiguientemente, tal fenómeno ha traído aparejado como secuela la devaluación de su status crítico-científico, la reducción de su valor pregnante, configurando así laxos y genéricos discursos que poco o nada conservan de parentesco con la temática original del marxista italiano. La ya abundante bibliografía sobre Gramsci se ha seguido ampliando al calor de las luchas político-ideológicas y culturales sin que por otra parte, se haya contado hasta hace pocos meses¹ con la base de una edición crítica de su obra de la Cárcel, elaborada ahora atendiendo a criterios cronológicos mas que de género literario o división temático-académica, restituyendo así la imagen de un Gramsci teórico y organizador de las “clases subalternas”, para decirlo con su peculiar lenguaje de Esopo.

Casi no es necesario decir que el interés acrecentado por Gramsci junto con aquellos otros teóricos y/o dirigentes revolucionarios que tienen en común la *exaltación* —en algunos casos *sobrestimación*— *del momento subjetivo* (y por subjetivo se ha de entender en el presente contexto la unidad de conciencia y voluntad transformadora en un sentido clasista revolucionario) tiene quizás como raíces más

¹ La nueva edición crítica de los *Quaderni del Carcere* es la preparada por V. Gerratana —miembro del comité directivo del Instituto Gramsci de Roma— y aparecida en Giulio Einaudi, Torino, 1975.

básicas, de un lado, la llegada desde la segunda mitad de la década de los sesenta al borde final de la fase de "relativa estabilización del capitalismo avanzado" sacada a luz por la ampliación y profundización de los movimientos de masas en los planos nacional e internacional; de otro lado, la *descomposición* de las bases de algunos sistemas estatales de *dictadura del proletariado* cuyos *indicadores empíricos más relevantes* se cifrarían en el proceso de *autonomización* del aparato estatal respecto a las masas de productores inmediatos, en la conversión de la dictadura *del* proletariado en dictadura *para* el proletariado (aplicación continuada de los métodos dictatoriales *al* proletariado mismo), en el desprecio derechista de *formas* del poder político (la *legalidad socialista*), y el alejamiento, en suma, de la perspectiva marxista y leninista de *vaciamiento* o *reabsorción* del estado proletario en la sociedad civil.

Son, pues, estos motivos los que están en la base de la presente revalorización de teóricos como Gramsci, como los jóvenes Togliatti, Lukács y Korsch, y Lenin (en todas sus etapas), esto es, de aquellos pensadores que a partir de corrientes culturales diversas, más promovieron la *subjetividad revolucionaria*, la eficacia de los elementos sobrestructurales (tradicición, religión, política, prensa, instituciones culturales) en su reacción sobre la estructura básica de la sociedad, exaltación en forma no desprovista de tensión polémica frente al "marxismo" de cuño positivista y evolucionista de la II Internacional y más concretamente de su partido-guía, el partido Social-Demócrata Alemán con Kautsky a la cabeza y cuya tradición sigue presente en buena parte de la producción de algunos destacados marxólogos, tan diversos entre sí por lo demás como Della Volpe y Althusser, p. ej.

Pues bien, dentro de la última bibliografía acerca de Gramsci se perfila una corriente cuya nota común reside en pretender ser una "lectura *política de izquierda*" (la expresión es de M. A. Macciocchi) frente a la mistificación de que habría sido objeto, compartiendo así una suerte común a los grandes dirigentes de las clases dominadas,

desde la derecha (el caso del PCI: vía gradualista y parlamentaria al socialismo; Garaudy con su manipulación del concepto de "bloque histórico", ...) y desde la ultraizquierda (que establecería la ecuación, p. ej. Gramsci = Lin Piao). Exponente sumamente significativo de esta nueva corriente (que incluye autores como G. Bonomi, J. M. Cammett, D. Grisoni, Q. Hoare, R. Maggiori, J. M. Piotte y H. Portelli entre otros), es la obra de M. A. Macciocchi, ex-diputada por el PCI, "*Pour Gramsci*" ofrecida recientemente en castellano por el significativo título —nada infiel a las pretensiones de su autora— de "*Gramsci y la revolución en Occidente*".²

Si entender una proposición equivale —como se ha escrito— a identificar contra qué o quién va dirigida, sobre todo cuando de cuestiones teórico-políticas se trata, en que la tensión dialógica alcanza sus máximas cotas, entender el sistema de enunciados que componen el libro de Macciocchi equivaldrá en un primer momento a reconstruir la corriente a la que se opone. Pero no hace falta aducir interpretación alguna para convenir que la corriente constantemente presente en cuanto referente crítico es la representada por la vía gradualista y parlamentaria impulsada por P. Togliatti: lo que la autora —militante activo en el movimiento comunista italiano— pretende es disolver el bloque, galvanizado por la autoconsciencia oficial del PCI, entre las líneas Gramsci/Togliatti.

Para ello se ocupa en su obra de un conjunto de tópicos muy completo, procediendo a *reformularlos* tratando de fijar en cada caso su auténtico sentido frente a las lecturas clásicas iniciadas por P. Togliatti. Pero, a mi juicio, el texto se resiente, tal vez debido a su origen oral, de un insuficiente trabajo de elaboración sobre el texto gramsciano limitándose en ocasiones a la mera *reposición* de la letra del italiano (o lo que es lo mismo a la simple paráfrasis), la mala estructuración de los capítulos y, lo que es más im-

² Macciocchi, M.-A., *Pour Gramsci*, Paris, 1974, vertida al castellano como *Gramsci y la revolución en Occidente*, Madrid, 1976. Traducción de J. Sazbon.

portante, del principio “metodológico” que parece subyacer a la obra basado en la libre asociación de ideas bajo *forma analógica* que se resuelve en combinaciones sin sintetizar, en eclecticismo. Pero si se quiere seguir hablando con propiedad de *teoría* (y no de ideología, p. ej.) a propósito del marxismo y del leninismo habrá de prohibirse la violación de los más elementales y básicos principios de *teoría de la ciencia* (identificación de nociones o abstracciones básicas, estructura interna de la teoría, relaciones entre teoría y experiencia, distinción entre teoría analítica de un lado y valoración y programación de otro, evitando el espejismo de creer que sus relaciones son de deductividad en sentido fuerte, lógico-formal, en lugar de simple coherencia, ...); en concreto, se tendrá que evitar el acercar *sin mediación histórico-dialéctica* —como hace Macciocchi— enunciados o teorías construidos en un contexto genético determinado a espacios históricos diversos, para evitar contraposiciones chirriantes. Y tan ilegítimo tiene que ser *teóricamente* para un marxismo, esto es, en cuanto a sus fundamentos metódicos no desde luego por lo que respecta a su contenido de clase, el proyectar mediante el expediente de *analogías formalistas ahistóricas* conceptos y análisis gramscianos a situaciones y coyunturas actuales, como establecer paralelismos, p. ej., a la manera de Max Weber —certeramente criticada por Lukács “El asalto a la Razón”— entre la antigua burocracia egipcia y el socialismo, o entre los soviets y los estamentos feudales, p. ej.

LECTURA POLÍTICA DE GRAMSCI

Su *lectura* quiere ser *política* y no, pongamos por caso, filosófica. La cosa está bien planteada formalmente (“en la política se resume pues toda nuestra filosofía real, en la política está la sustancia misma de la historia”) e incluso filológicamente, pero no me parece bien lograda materialmente: la escasa atención dedicada a dilucidar el *anudamiento* de *filosofía, política e historia, pensamiento y acción* en Gramsci, produce como secuela la reducción del al-

cance y especificidad del plano de "lo político" que en el filósofo de la praxis está cargado de un conjunto de *determinaciones* (ideales, culturales) ausentes en otros pensadores materialistas. Y ello precisamente porque Gramsci escapó, debido a su formación intelectual idealista-culturalista, a la tentación de categorizar o positivar sus conceptos básicos (Ideas), de convertir el marxismo a la manera de Kirsch en ciencia positiva y crítica a la vez.

Si bien puede concederse que un filósofo de estrecha especialización académica, de *practicidad cerrada* o inmanente, es incapaz de aprehender la "filosofía" de Gramsci ateniéndose exclusivamente a aquellos textos que acaso pudieran catalogarse —desde una óptica externa— como del "género" literario filosófico, habrá de evitarse incurrir en la falacia de suponer que cualquier militante político bien-intencionado puede captar o desvelar su "filosofía" —como parece creer Macciocchi— con solo leer en clave *político-categorial* los textos políticos del revolucionario de Cagliari. Pero si se quiere escapar a este semillero de pseudoproblemas (cuya abstracción no es sino el reverso de un planteamiento impregnado de connotaciones empíricas derivadas precisamente de la división y cristalización *académica* de los objetos formales Filosofía, Política, Ciencia..., división que si bien parece brotar muy naturalmente de la constitución interna de los objetos, en realidad tiene su fundamento en causas menos naturales y ahistóricas, a saber en la existente *división del trabajo intelectual*) hay que tomarse en serio la caracterización gramsciana del marxismo como *filosofía de la praxis*. En efecto, "filosofía de la praxis" no es solo innovación o subterfugio lingüístico sino determinación precisa de la autoconsciencia, de la intencionalidad de Gramsci, que colocó como centro de su hacer la *Idea*, el *principio de la práctica* al que devolvió toda su complejidad, negándose a entenderla simplemente, a la manera de tantos marxistas antes y después de él, con criterio de verdad o verificación y ello es también lo que le permitió dar una mayor complejidad a la política y al tipo humano del político comunista, nuevo modelo de inte-

lectual que logra fusionar en su actividad las varias categorías del filósofo, crítico de la cultura, organizador y dirigente, periodista, etc., y escapar tendencialmente a la escisión entre hacer público/privado, al divorcio secular entre 'citoyen' y 'bourgeois'.³

Es esta percepción (por oscura que ella sea) lo que ha motivado que Macciocchi se dé cuenta de que la aportación más básica y durable de Gramsci reside en que "a través de la revaloración del concepto de praxis, demostró que el marxismo no puede ser considerado como una ciencia de la infraestructura, sino como la articulación compleja de la teoría y de la práctica en la relación infraestructura/sobres-estructura" (página 15).

LA FORMACIÓN DE GRAMSCI

Macciocchi, siguiendo en este punto una línea interpretativa cristalizada, considera que un jalón decisivo en la formación de Gramsci ha sido la Revolución de Octubre en Rusia, calificada con razón como "*experiencia capital*". En efecto, aquella generación de jóvenes intelectuales académicos que se habían adherido ya (el caso de Gramsci) o estaban a punto de hacerlo (Lukács) al movimiento obrero y que saltaban de una concepción del mundo a su opuesta, presenta una trayectoria *teórico-política* muy similar que desembocara en el leninismo. (Dicho sea entre paréntesis, Lukács ha ofrecido en un boceto autobiográfico —*Mi camino hacia Marx*— del año 1933 un modelo que trasciende la mera significación particular para devenir efectivo instrumento analítico de la "historia social de los intelectuales en la época del imperialismo").

³ En este sentido puede resultar provechoso contrastar críticamente los planteamientos de U. Cerroni en su estudio del partido político (vid., *La libertad de los modernos*, Barcelona, 1976, pp. 237-283) con el artículo del joven Lukács "Observaciones de método acerca del problema de la organización (incluido en *Historia y conciencia de clase*, México, 1969, traducción de M. Sacristán) y con los propios textos de Gramsci (vid., *Antología* —preparada por M. Sacristán— México, 1970, pp. 93-97; 105-115; 347-351; 388-396).

De un lado, la recusación de la *ontología objetivista* de la socialdemocracia que reducía el marxismo a mera *teoría interpretativa* en un sentido contrario a la *XI tesis sobre Feuerbach*, resolviéndose en mera ideología cuyo efecto era paralizar la acción de las “clases subalternas” y de sus partidos precisamente en aquellas coyunturas —“crisis sociopolíticas”— en que la *acción consciente* de clase es determinante para la gestación y alumbramiento de la nueva sociedad. Nada más natural, pues, que desde aquel paradigma ontológico se aspirase a establecer una nítida línea de demarcación entre *marxismo* y *socialismo*, propósito que iba parejo al de poner al marxismo en idéntico plano que el de los conocimientos analítico-científicos (así, Hilferding escribía que “el marxismo no es más que una *teoría de las leyes* del devenir de la sociedad, que formula, en general, la concepción marxista de la Historia” “[. .]”, “el marxismo, que es lógicamente una ciencia objetiva y libre de juicios de valor”).⁴ Con ello se disolvía el plano específico de lo político al recusar la *estimación de fines*, la elaboración de *programas socio-políticos* y de las *mediaciones organizativas* capaces de vincular teoría y práctica: “el conocimiento de las leyes que rigen la sociedad productora de mercancías muestra, al mismo tiempo, los factores que *determinan la voluntad* de las clases de esta sociedad. Poner de manifiesto la *determinación de la voluntad de las clases*, es en la concepción marxista, tarea de una *política científica*, es decir, una política que sepa *describir relaciones causales*. La *política del marxismo*, al igual que la *teoría*, está libre de juicios de valor”.⁵ (El subrayado es mío.) Coherentemente, el lugar de los programas era ocupado por un conjunto de *predicciones* de carácter pretendidamente científico (“profecías” dirán no sin razón algunos críticos del socialismo como Popper, quien en realidad ha reconducido en su polémica todas las corrientes marxistas al positivismo de la II Internacional). Tal tipo onto-

⁴ Hilferding, R., *El capital financiero*, Madrid, 1963, p. 11 (traducción de V. Romano).

⁵ *Ibíd.*, p. 12.

lógico de *necesidad naturalista* (tempranamente criticado por Lukács en *Historia y consciencia de clase*) fundaba la interpretación del conocido paso del Prefacio a la *Contribución a la crítica de la Economía política* (1859), de Marx según el cual “Una formación social no sucumbe nunca antes de que se hayan desarrollado todas las fuerzas productivas para las que es suficientemente capaz, y nuevas relaciones de producción no aparecen nunca antes de que sus condiciones materiales de existencia hayan sido incubadas en el seno de la misma sociedad anterior” en un sentido adialéctico, objetivista, pues, como se ha escrito entre nosotros “la ontología que soporta la interpretación de *El Capital* [de Marx] como una obra estrictamente científica es la ontología impersonal (mecanicista o estructuralista) que concibe el proceso real como teniendo lugar en virtud de unas legalidades objetivas ineluctables, independiente de nuestra voluntad (de individuo y de clase —R. P.), legalidades que de algún modo nos absuelven de la propia acción política personal (y colectiva, de clase —R. P.). *El Capital* predice científicamente la crisis del modo de producción capitalista de la sociedad burguesa; por consiguiente, podemos anunciar científicamente este final y esperarlo con confianza, como el astrónomo puede anunciar y esperar con confianza que se produzca el eclipse previsto”.⁶

Nada tiene, pues, de extraño que aquellos intelectuales cuya motivación revolucionaria era clara recusaran la dogmática socialdemócrata y que incluso en un primer momento zanjaran su problema con Marx dejándolo de lado (dada la dificultad de separar a Marx de la *interpretación canónica* dada por la socialdemocracia), así como tampoco el que su acercamiento a la obra del fundador de la concepción materialista y dialéctica del mundo tuviera como motor la *mera curiosidad* o *exigencia académica*, en modo alguno la búsqueda de coherencia teórica con su incipiente práctica en el movimiento socialista.⁷

⁶ Bueno, G., *Sobre el significado de los “Grundrisse” en la interpretación del marxismo*, Sistema n.º 2, Madrid, 1973, p. 20.

⁷ Es el propio Gramsci quien en la hermosa carta dirigida a

Por otro lado, materialmente sacudidos por la manifestación abierta de las contradicciones interimperialistas en la Primera Guerra Mundial, y por las dos revoluciones rusas del 17, recurrirán como *expediente de época* al enlace con el *idealismo objetivo* (de Hegel, en el caso de Lukács y de Togliatti; de Croce en el de Gramsci), como presupuesto ideal —cultural de su segundo contacto con un Marx como “gran pensador, omnicomprendivo, gran dialéctico” superando así la fase primeriza de un Marx visto reductivamente como “especialista de primer orden”, “economista y sociólogo”, para decirlo con expresiones de Lukács (*Mi camino hacia Marx*).^{7 bis}

“Pero lo que marcará a Gramsci será el leninismo, como fundamento a partir del cual efectuará la superación definitiva de lo que llama su provincianismo, para alcanzar la amplitud de su visión teórica y política” (M., p. 78). El paso recién aducido es característico del estilo de la obra de Macciocchi en que se repone el texto del italiano sin explicarlo: el provincianismo que Gramsci superará merced a la influencia del leninismo es básicamente el ambiente cultural italiano dominado por *corrientes idealistas* (Croce,

Julia Schucht (6-III-1924) examinando su evolución documenta esta afirmación: “Luego conocí la clase obrera de una ciudad industrial, y comprendí lo que realmente significaban las cosas de Marx que había leído antes por curiosidad intelectual” (*Antología* —edic. citada— p. 154).

Lukács en el Prólogo autocrítico que puso en 1967 a *Historia y consciencia de clase* ha documentado la actitud de aquellos intelectuales hacia el “marxismo” socialdemócrata: “Me esforzaba por salir del radicalismo burgués, pero me repugnaba la teoría socialdemócrata (particularmente la de Kautsky)” (*Historia y consciencia de clase* —edic. citada—, p. X).

^{7 bis} El idealismo objetivo, por paradójico que pueda parecer, pugó un papel de empujar hacia la práctica aunque mistificadamente y con un fuerte acento éticista; así por ejemplo Lukács ha dicho “retrospectivamente y para mi caso puedo afirmar que la orientación hegeliana, el idealismo ético, con todos sus elementos romántico-anticapitalistas facilitó mucha cosa positiva para la imagen del mundo que nació de aquella crisis” pues “la ética empujaba en el sentido de la práctica, de la acción y, por lo tanto, de la política” (HCC, edic. citada, p. XI).

Gentile) vueltas *de espaldas a la ciencia* y en pugna con la cultura positivista (de un *positivismo vulgar*, por lo demás) hegemónica en las últimas décadas del siglo anterior, y el punto de llegada —mediado *objetivamente*, como queda dicho, por la Primera Guerra Interimperialista y el proceso revolucionario ruso, y *subjetivamente* por el conocimiento de la obra teórico-práctica de Lenin— no será una genérica “amplitud de visión teórica y política” sino el rescate *materialista* de un Marx *revolucionario*. La autora al identificar mal los factores básicos en el plano *ideal* de la formación de Gramsci (que ella cree ver fundamentalmente en “la tradición de la cultura europea desde el racionalismo francés hasta Hegel”) infravalora la trascendencia de ese *provincianismo* (*el idealismo anticientificista*) que en su articulación con la *teoría leniniana* y con su vinculación práctica con la *fuerza básica* del socialismo científico, *el movimiento obrero*, será *base, marco y matriz ontológica* a partir de la cual construirá las producciones categoriales e ideales —a las que dará nombres nuevos: ‘bloque histórico’, ‘centro de anudamiento’, ‘acto histórico’, ‘hegemonía’, ...— hoy patrimonio de la teoría revolucionaria.³

Quizás sea conveniente dedicar alguna atención a este punto del marco cultural italiano para aprehender más precisamente la compleja dialéctica del leninismo, no sólo en su reacción contra el positivismo propio de la socialdemocracia sino también sobre el idealismo culturalista crociano.

³ La cuestión ha sido percibida aunque oscuramente por L. Colletti quien ha afirmado que “sólo porque Gramsci no había llegado a dominar realmente la teoría económica marxista pudo desarrollar una exploración nueva de la historia italiana que se desplegaba fuera del esquematismo convencional de base y sobreestructura...” y más precisamente, en un paso con influencias de las últimas corrientes de filosofía de la ciencia Colletti ha escrito: “Nos hemos acostumbrado tanto como marxistas a observar la realidad a través de un determinado prisma que es muy importante que alguien aparezca de vez en cuando para quitárnoslo: probablemente este alguien verá el mundo de forma un tanto confusa, pero también es probable que perciba cosas que aquellos que usan el prisma jamás llegan a notar”. (*Entrevista New Left Review* a L. Colletti, en *Zona Abierta*, n.º 4, 1975, p. 23).

Es un tópico referirse a la vinculación de *positivismo y socialismo* en Italia en el período comprendido entre las últimas décadas del siglo XIX y la primera del XX. Togliatti ha dibujado un cuadro sumamente expresivo de aquella situación: “Le positivisme avait été en cette période la science et la philosophie des socialistes italiens. Dans cet étroit lit de Procuste, on s’était efforcé d’installer et de faire tenir, bon gré mal gré, la robuste personne de K. Marx et sa dialectique de source hégélienne. Lorsque cette dialectique se faisait récalcitrante et s’insurgeait, des interprètes pseudo-scientifiques et superficiels se chargeaient de la mettre au pas. Ces interprètes étaient aidés par les sectateurs d’un sociologisme de basse qualité et d’un spencérisme sans saveur. On faisait aussi appel aux diverses psychologies expérimentales, aux criminologies plus ou moins scientifiques par quoi l’on prétendait aider à la compréhension des faits politiques et sociaux et de leurs causes prétendues”.^{8 bis}

Frente a tal positivismo creció bien pronto como reacción —precisamente en los años en que Gramsci y Togliatti se encontraban en la Universidad— un poderoso movimiento idealista impulsado principalmente por Benedetto Croce que marcaría a la cultura italiana para bastantes décadas. Croce haciendo una interpretación idealista de la dialéctica hegeliana hizo pasar sin embargo a primer plano —si bien *en forma mistificada*— el problema de la acción al del conocimiento, revalorizó los temas de la praxis del hombre, de la libertad en la historia, y otros temas de *filosofía de la cultura*; además su influencia estimuló en el caso de Togliatti la toma de contacto *directo* con Hegel, del que resumió la “Enciclopedia” además de traducir ciento cincuenta páginas de la “Fenomenología del espíritu”, compartiendo en adelante el papel de guía intelectual junto con Labriola. Gramsci en cambio quedaría marcado por la *influencia* de Croce quien, como es sabido, se mantuvo al margen de las más significativas corrientes filosófico-cultu-

^{8 bis} Togliatti, P., *Gramsci*, citado por Ferrara, M. et M., *Palmiro Togliatti*, Paris, 1954, p. 38.

rales de las primeras décadas del siglo xx: de ahí el tema del provincianismo de Gramsci.⁹

E. Garin ha comprendido bien el problema básico de la cultura y de la historia italiana en este período de crisis; así a propósito de Croce ha escrito que “en realidad su problema, que es el problema de la praxis, es decir de la acción humana en la historia, en su relación con el conocimiento racional fue el gran problema de la cultura filosófica italiana de los primeros decenios del siglo: el mismo problema de Gramsci. Es en cierto modo la traducción italiana, con un cierto aroma especulativo y con muchas mistificaciones, del problema que venía agitándose en las posiciones más avanzadas del pensamiento europeo”.¹⁰ Tal será, en efecto, el problema central con el que luchará Gramsci incluso en el período de los *Quaderni del Carcere* y que no logrará solucionar plenamente, como ha señalado M. Sacristán.¹¹

⁹ El tema del ‘provincianismo’ en Gramsci ha sido transitado desde posiciones muy diversas, así por ejemplo es muy significativa la sostenida por N. Matteucci en su obra *A. Gramsci e la filosofia della prassi*, resumida como sigue por S. Cambareri: “la cuestión de la traducción en el contexto de la filosofía de la praxis del pensamiento especulativo de B. Croce, ha llevado a N. Matteucci (...) a una original tesis según la cual la fuerte exigencia de la búsqueda de una “vía italiana” al socialismo ante litteram habría llevado a Gramsci a sustituir las tres fuentes clásicas del marxismo [filosofía clásica alemana; economía política inglesa; socialismo utópico y movimiento obrero —R.P.] por B. Croce y Maquiavelo; el uno considerado como la expresión italiana de la filosofía clásica alemana, el otro como momento simbólico del politicismo francés, para llegar a “una nueva síntesis orgánica cuyos elementos aun siendo universales son profundamente nacionales..., tal síntesis era necesaria para un superior desarrollo de la filosofía de la praxis por cuanto hacía posible con la eliminación de toda forma de materialismo vulgar o de marxismo adulterado, una real superación de las formas más altas de la cultura italiana”. Tesis muy sugestiva que contesta la que sostenía que el lenguaje de Gramsci era un mero expediente para huir de la censura (...)” (Cambareri, S., *Il concetto di egemonia nel pensiero di A. Gramsci*, incluido en el volumen colectivo del Instituto Antonio Gramsci *Studi gramsciani*, Roma, 1969, p. 88).

¹⁰ Garin, E., *Storia della Filosofia italiana*, Torino, 1966, volume terzo, p. 1279.

¹¹ En el artículo dedicado a Gramsci en Runes, D. D., *Diccio-*

El catalizador básico en el proceso de apropiación gramsciano de la dialéctica en clave materialista será *el leninismo*. Lenin desarrolla tres cuestiones cardinales: la teoría del carácter general de la época de la revolución proletaria, esto es, del imperialismo como fase superior del capitalismo; la teoría de la revolución proletaria y del poder político-estatal; y su producción teórico-práctica de un partido de nuevo tipo, de carácter opuesto a los nacidos en el terreno de la democracia parlamentaria. Pero la dilucidación correcta de estas cuestiones *materiales* de teoría política implicaba de hecho la ruptura con los presupuestos metódicos mecanicistas y fatalistas del “marxismo” socialdemócrata, a la par que exigía, más allá de la revitalización de la teoría de Marx, la profundización de la dialéctica materialista. Y ello fue tarea que Lenin cumpliría dando “el paso de la teoría a la praxis”, “paso que, no obstante —y esto no hay que olvidarlo nunca— implica al mismo tiempo un progreso teórico en la medida en que es un paso de lo abstracto a lo concreto”.¹²

Por todo ello, Togliatti pudo concluir con razón que “la aparición y el desarrollo del leninismo en la escena mundial ha sido el factor decisivo de toda la evolución de Gramsci como pensador y como hombre político de acción”.¹³

EL MODELO ESTRATÉGICO GRAMSCIANO

Gramsci y la revolución en Occidente es el título castellano de la obra que comento. En efecto, Macciocchi afirma que “el enlace fundamental, el hilo rojo que sirve de guía” al pensamiento de Gramsci es “la estrategia de una revo-

nario de Filosofía, Madrid, 1969, Sacristán ha señalado las vacilaciones de Gramsci en la determinación del carácter ideológico/antiideológico de “todo pensamiento relacionado con la práctica, como es el marxismo”.

¹² Lukács, G., *Lenin*, Barcelona, 1974, p. 70 (Traducción de J. Muñoz).

¹³ Togliatti, P., *Gramsci e il leninismo*, incluido en *Studi gramsciani* —edic. citada—, p. 423.

lución en Occidente”, y más categóricamente que “Gramsci es el ‘Lenin de hoy’, en el mundo de las sociedades industrializadas”.

La cuestión desde luego puede documentarse con textos del propio Gramsci, quien inauguró una perspectiva estratégica para los países de capitalismo avanzado consistente en una nueva articulación de la que metafóricamente llamó —teniendo a la vista las conclusiones de la ciencia militar en la 1.º Guerra Mundial— “*guerra de movimiento*” o *lucha directa* por el *poder político-estatal* y “*guerra de posición*” o *lucha dirigida* a la conquista de posiciones o aspectos *no —inmediatamente* pertenecientes al aparato estatal en sentido estricto (coercitivo, Estado-fuerza), nueva articulación que en aquellos países se cifraría en la primacía de la guerra de posición como presupuesto del paso a la fase de ofensiva directa contra la máquina estatal burguesa. Y ello en atención a la diversa contextura de *sociedad civil* y *estado* en Oriente y Occidente: en las formaciones sociales de capitalismo avanzado la “sociedad civil” (sindicatos, partidos, escisión mistificadora entre lucha económica y lucha política, prensa, escuela en todos sus grados, religión, instituciones culturales,...) ¹⁴ muy desarrollada proveería de

¹⁴ El uso de la expresión “sociedad civil” por Gramsci puede dar lugar a algunos equívocos, pues espontáneamente se tiende a asociarla al uso que de ella hiciera Marx en sus obras del período de juventud (aunque no sólo en este), quien ya en “La ideología alemana” precisa: “la sociedad civil abarca todo el intercambio material de los individuos, en una determinada fase de desarrollo de las fuerzas productivas. Abarca toda la vida comercial e industrial de una fase (...). El término de sociedad civil apareció en el siglo XVIII, cuando ya las relaciones de propiedad se habían desprendido de los marcos de la comunidad antigua y medieval. La sociedad civil en cuanto tan sólo se desarrolla con la burguesía; sin embargo, la organización social que se desarrolla directamente basándose en la producción y el intercambio, y que forma en todas las épocas la base del estado y de toda otra supraestructura idealista, se ha designado siempre, invariablemente con el mismo nombre” (Marx-Engels, *La Ideología Alemana*, Barcelona, 1970, p. 38, Trad. de W. Roces). Y más claramente aún “(...) las circunstancias y relaciones materiales de la vida, cuya totalidad reúne Hegel, siguiendo a los ingleses y franceses del siglo XVIII, bajo el nombre de ‘sociedad civil’” (Prólogo

“una robusta cadena de fortalezas y fortines” a la “trinchera avanzada” del estado demoliberal. Es decir, de un lado la democracia pura (formal) al vincular “inmediatamente al simple individuo abstracto con el todo del estado” (Lukács) y sociedad civil hiperdesarrollada de otro, cooperarían en una misma tarea que puede ser sintetizada con Lukács así —en un paso con ecos de textos de juventud de Marx como *Sobre la cuestión judía*—: “evitar que surja entre las clases explotadas una ideología que exprese sus intereses específicos, vincular a los miembros de estas clases en su condición de individuos aislados, es decir como simples ciudadanos, etc., a un Estado abstracto —situado por encima y más allá de las clases—, desorganizar, en fin, estas clases como clases, reduciendo sus miembros a átomos fácilmente manejables por la burguesía”.¹⁵

Esto da alguna plausibilidad al planteamiento de Maciocchi quien, por lo demás, recoge sin crítica la cuestión

a *Zur kritik der politischen Ökonomie*, citado por Korsch, K., *Karl Marx*, Barcelona, 1975, p. 21 —Traduc. de M. Sacristán—).

Por otra parte en los *Grundlinien der Philosophie des Rechts* (1821) Hegel incluía la “Sociedad burguesa” o sociedad civil que es el estado de la necesidad correspondiente al estado del liberalismo económico, de lo privado, entre la Familia y el Estado, grados inferior y superior respectivamente de la moral objetiva. (Vid., p. ej., Hyppolite, Jean, *Études sur Marx et Hegel*, Paris, 1965, p. 123 y ss.)

Por ello la declaración de Gramsci de que “hay que distinguir entre la sociedad civil, tal como la entiende Hegel y en el sentido en que la expresión se utiliza a menudo en estas notas (o sea, en el sentido de hegemonía política y cultural de un grupo social sobre la entera sociedad, como contenido ético del estado) y el sentido que dan a la expresión los católicos, para los cuales la sociedad civil es, en cambio, la sociedad política o el estado, frente a la sociedad familiar y a la iglesia (“*La sociedad civil*”) habrá de tomarse no sin crítica. El filósofo italiano utiliza pues el nombre de ‘sociedad civil’ para referirse a los aspectos sobreestructurales, del estado, y particularmente a aquellos que adjetiva como “ético-políticos”. (Quizás se tenga una excepción en el artículo *Algunos aspectos teóricos y prácticos del economicismo*”).

Sobre esta cuestión puede verse el artículo de N. Bobbio titulado *Gramsci e la concezione della società civile*, incluido en el volumen colectivo *Gramsci e la cultura contemporanea*, Tomo I, Roma, 1969.

¹⁵ Lukács, op. cit., pp. 98-99.

de otros intérpretes (p. ej., H. Portelli en *Gramsci et le bloc historique*), a condición de que ello se entienda en el *preciso sentido* de que Gramsci habría *complicado* el modelo estratégico *leninista* al descubrir nuevas determinaciones (básicamente sobreestructurales) de las sociedades occidentales avanzadas, lo cual no me parece abonar su tesis desbordada de que Gramsci es el "Lenin de hoy", ni creo tampoco que constituya solución teórica alguna adherirse al punto de vista de Salvadori de que "la concepción del Estado es la misma [en Lenin y Gramsci]" diluyendo así, después de un buen número de páginas analizando las aportaciones del pensador italiano al leninismo, la especificidad de la concepción gramsciana y teniendo que concluir con la fórmula blanda y verbalista de que "lo que cambia es la relación entre medios y fines" (M., p. 102). En este aspecto la obra de la italiana representa una involución respecto de la interpretación clásica que ha dado cuenta equilibradamente del aporte de Lenin y de Gramsci a la teoría revolucionaria.

La observación principal que cabría hacer al planteamiento de la cosa por M., es de raíz metódica leniniana y responde tanto a la autoconsciencia teórica del propio Gramsci como a su efectiva práctica. Esta es que Gramsci no persigue (como podría deducirse de la lectura apresurada de ciertos fragmentos suyos) sintetizar un modelo teórico *genérico abstracto* de la estrategia en las sociedades genéricamente adjetivadas como occidentales, sino ante todo realizar un *análisis concreto de una situación concreta* (básicamente del bloque histórico italiano). Por eso el pensador italiano después de fijar brevemente algunas notas abstractas de Estado-sociedad civil en Occidente se apresura a advertir acerca de la necesidad de vincular dialécticamente lo general y lo particular concreto, o más precisamente a descubrir *lo general en lo particular* (reconocer las diferencias entre los Estados, "realizar un cuidadosa reconocimiento de carácter nacional"), esa es quizá una de las enseñanzas permanentes que, recibida del leninismo, Gramsci enriquecerá con su conducta teórico-práctica.

Por lo demás ese es un punto perfectamente establecido por la crítica interpretativa, así, p. ej., G. Tamburrano en su artículo *Gramsci e l'egemonia del proletariato* escribe: "encontrándonos en el dominio de la política las cuestiones que surgen no se refieren a la sociedad capitalista como tipo abstracto de sociedad, sino a la sociedad capitalista nacional, esto es, a una realidad efectiva, y además no atañen a las relaciones típicas entre capitalismo y proletariado sino a las relaciones concretas entre la clase dirigente nacional y el proletariado".¹⁶

GRAMSCI Y EL ANÁLISIS DEL ESTADO

La reconstrucción de la teoría gramsciana del estado plantea hoy no pocos problemas, siendo uno de los más importantes el estilo intelectual dominante en la cultura académica y que ha impregnado la producción de un conjunto de marxistas. Me refiero al uso generalizado e indiscriminado de *expedientes de exposición formales* para la captación de un objeto determinado, y dentro de estos al uso masivo de *definiciones* (basta pensar en la obra de Althusser y más caricaturescamente en la de N. Poulantzas), verdaderas ecuaciones que pretenden agotar extensiva e intensivamente el objeto de que se trate. Pero esa forma de proceder es extraña a la tradición marxista, por lo menos a la corriente marxista de matriz hegeliana (no en vano Hegel había criticado explícitamente la idea de definición) que ha practicado, en cambio, el método de las *determinaciones*, pues "la definición fija su propia parcialidad como cosa definitiva, y tiene consecuentemente que hacer violencia al carácter fundamental de los fenómenos. La determinación, en cambio, se considera desde el principio como cosa provisional, necesitada de complementación, como algo que esencialmente tiene que ser continuado, desarrollado, concretado [...] Sólo es posible acercarse al objeto paulatina-

¹⁶ Tamburrano, Giuseppe, *Gramsci e l'egemonia del proletariato*, incluido en el volumen *Studi gramsciani* —edic. citada—, p. 279.

mente, paso a paso, contemplándolo en diversos contextos, en relaciones varias con objetos diversos, de tal modo que la determinación inicial, aunque no se destruya —pues en este caso sería falsa—, se vaya enriqueciendo constantemente y vaya acercándose a la infinitud del objeto al que se orienta; es, por así decirlo, un proceso de astucia”.¹⁷

Por ello, habrá de evitarse en la lectura de la proteíca obra gramsciana hacer violencia a los textos planteándoles pseudoproblemas formalistas, o ceder a la apariencia formal de algunas notas del propio Gramsci (del tipo de “...Estado = sociedad política + sociedad civil, o sea, hegemonía acorazada con coacción”) que parecen fijar en una definición de una vez por todas un aspecto o nota cualquiera y que legitimaría abstenerse en adelante de examinar la categoría de que se trate (p. ej., sociedad civil, hegemonía) en los varios contextos en que aparece.

Los desarrollos teóricos que imprimirá Gramsci a la teoría marxista y leninista del Estado están ligados a la ontología encarnada por la filosofía de la praxis, configurada como tal en contraposición a las filosofías positivistas y fatalistas (criticadas por Croce en el terreno filosófico y por Lenin, fundamentalmente, en el político), y cuya crítica será una constante en la obra gramsciana en todas sus etapas. (Es suficiente recordar aquí la lucha desplegada por el dirigente italiano contra el mecanismo de Bujarin en el seno de la III Internacional y el análisis crítico a que sometió en los *Quaderni del carcere* al “Manual” de aquél sobre el materialismo histórico.) De ahí su desplazamiento del centro de atención hasta el terreno sobreestructural (por seguir utilizando esta cómoda forma de decir), político y dentro de éste su atención para el tratamiento de los *aspectos ideales-culturales*, temas de filosofía de la cultura tradicionalmente subestimados incluso entre los mejores marxistas como Lenin (dicho sea entre paréntesis, ello plantea la compleja cuestión de abstraer los elementos leninianos respecto de los específicamente gramscianos en conceptos tan cen-

¹⁷ Lukács, G., *Estética I*, Barcelona, 1966, Tomo 1, p. 29. (Trad. de M. Sacristán.)

trales como el de hegemonía, conceptos que si bien no cubren campos cualitativamente diversos de los contemplados por aquél sí incorporan una reflexión y afinamiento intelectual nuevos). Pero un análisis materialista tiene que recoger por fuerza un motivo más que explica la particular sensibilidad de Gramsci hacia los aspectos que llamará 'ético-políticos' en su análisis del estado demoliberal burgués (que es la realidad presente de un modo efectivo en las reflexiones de la Carcel); ese motivo no es otro que el hecho de las sucesivas derrotas sufridas por el movimiento obrero europeo en torno a los años veinte. En efecto, "la posición de Gramsci en los Cuadernos de la Carcel es precisamente la de un político y teórico reflexionando acerca de una derrota histórica y sus razones [...] Gramsci intentaba comprender las razones de esta derrota. Creía que los 'generales' del proletariado no habían conocido la verdadera naturaleza de la totalidad del terreno social sobre el que operaban, y que la precondition para cualquier ofensiva nueva por parte de la clase obrera era la de explorar de antemano este terreno a fondo".¹⁸

Châtelet refiriéndose a las aportaciones fundamentales de Gramsci ha empleado la fórmula de que "Gramsci *politiza inmediatamente lo ideológico*".¹⁹ En realidad, la tarea que abre Gramsci es la del estudio de la *componente política de la cultura* de una sociedad concreta, cultura que es contradictoria. Gramsci parte de la *copresencia* de dos consciencias, dos concepciones del mundo en un espacio sociohistórico concreto: "...el hombre activo de masa puede decirse que tiene dos consciencias teóricas (o una consciencia contradictoria): una implícita en su hacer, y que realmente lo une a todos sus colaboradores en la transformación práctica de la realidad, y otra superficialmente explícita o verbal, que ha heredado del pasado y recogido sin crítica".²⁰ En este punto debería evitarse el error, advertirá

¹⁸ Entrevista P. Anderson a L. Colletti, traducción castellana en *Zona abierta*, n.º 4, Madrid, 1975, p. 23.

¹⁹ Grisoni, D. et Maggiori, R., *Lire Gramsci*, Paris, 1973, p. 14.

²⁰ Gramsci, A., *Antología* —edic. citada—, México, 1970, p. 373.

Gramsci, de creer que la concepción “verbal” carece de eficacia, que es mero ornamento cultural. Por el contrario, su funcionalidad para el mantenimiento del bloque histórico constituido es de la máxima importancia pues “anuda al sujeto con un determinado grupo social [la clase dominante], influye en la conducta moral, en la orientación de la voluntad” llegando en algunos casos hasta la producción de “un estado de pasividad moral y política”. La tarea que han de plantearse los “grupos subalternos” —y muy particularmente sus “intelectuales colectivos”— es la de culminar históricamente la unidad de teoría y praxis, terminar con la copresencia de concepciones del mundo —copresencia que *no es de compatibilidad sino de contraposición* más o menos abierta—, dotándose de una concepción del mundo no escindida respecto de su práctica sino provista de real organicidad con el “hacer práctico”: concepción crítica cristalizada en la *filosofía de la praxis*. Tal proceso incluye las siguientes fases: “la comprensión crítica de sí mismos se produce, por tanto, a través de una lucha de hegemonías políticas, de direcciones contradictorias, primero en el campo de la ética, luego en el de la política, hasta llegar a una elaboración superior de la concepción propia de la realidad. La consciencia de ser parte de una determinada fuerza hegemónica (o sea, la consciencia política) es la primera fase de una ulterior y progresiva autoconsciencia, en la cual se unifican finalmente la teoría y la práctica”.²¹

Es en este terreno de *filosofía de la cultura* de donde surgen problemas y conceptos como el de la ‘hegemonía’, que además de su parentesco con Lenin (y en este sentido hegemonía es igual a dirección *política* del proletariado) posee una sustantividad propia que desaparece en las exposiciones vulgarizadoras lamentablemente nada infrecuentes. Pero estos temas tienen además un gran significado y alcance político por cuanto arrojan luz sobre los mecanismos mediante los cuales un grupo o clase social impone su dominio en los períodos de “normalidad histórica” y que en coyunturas críticas (crisis económicas, sociopolíticas, gue-

²¹ *Ibíd.*, p. 373.

rras) funcionan como amortiguadores de los conflictos clasistas evitando que la lucha por o contra el aparato político-estatal salte a primer plano.

HEGEMONÍA Y DICTADURA DEL PROLETARIADO

Dentro del repertorio de tópicos gramscianos que M. A. Macciocchi *recompone* frente a las deformaciones de que han sido —y son— objeto, merece recojerse por su actualidad el de las relaciones entre ‘*hegemonía*’ y ‘*dictadura del proletariado*’, procediendo en diversos pasos a la crítica de una operación consagrada en el modelo de lectura dominante.

Quizás ningún concepto del filósofo italiano haya sufrido tanto los abusos de marxólogos academicistas como el de hegemonía. Documenta esta afirmación, p. ej., un autor —N. Poulantzas— con quien nada simpatiza quien esto escribe y que, por lo demás, tampoco escapa a su inclusión en el “affaire”: “es conocido el éxito actual del concepto de hegemonía: hegemonía del proletariado, poder hegemónico, hegemonía en el Estado, clase hegemónica, etc. En realidad, se usa este concepto en un sentido o demasiado amplio o bien demasiado limitado y en ambos casos lo suficientemente impreciso como para impedir la delimitación de su status científico”.²² Pero no serán estas operaciones de intelectuales académicos, ávidos de renovar de tiempo en tiempo el ropaje teórico con que seguir vendiendo mercancía cultural ya gastada, las que atraigan la atención de M. A. Macciocchi, sino aquella otra de mayor alcance teórico-político, práctico en suma. La operación a que me refiero se despliega en *dos momentos* sucesivos y complementarios: en un primer momento se practica una operación quirúrgica sobre el *universo del discurso* gramsciano *abstrayendo no-fundadamente un elemento —el de la hegemonía— de su opuesto dialéctico —el de la*

²² Poulantzas, Nicos, *Hegemonía y dominación en el estado moderno*, Córdoba (Argentina), 1969, p. 43.

coacción en sus dos aspectos y fases: la destrucción del poder burocrático-militar burgués y su sustitución por el sistema estatal de dictadura del proletariado. (Hegemonía se configura pues en las lecturas objeto de crítica como concepto *alternativo* del de dictadura del proletariado. Y lo hace de manera *mecánica desprovista de real tensión dialéctica* al eliminar *su otro momento, su opuesto dialéctico*.)²³ Posteriormente se “juega” con el concepto así obtenido aplicándolo con *propósitos* no sólo diversos sino *contrapuestos* a los que vertebran la reflexión toda del Gramsci de los *Quaderni del Carcere*, esto es, la legitimación de la forma demoliberal del estado burgués en tanto que en el caso del dirigente italiano se trataba del examen concreto de sus puntos de fuerza (y de debilidad) precisamente para quebrar el “consenso” de las masas populares hacia ella.

Tal operación tiene dificultades nada minimizables ya en el terreno de la mera filología, por cuanto la primera vez en que el concepto de hegemonía ha aparecido con su nombre (aunque la idea estuviera presente con anterioridad) en los trabajos de Gramsci, éste lo ha asociado al de dictadura del proletariado: “los comunistas torineses se habían planteado concretamente la cuestión de la hegemonía del proletariado, o sea, de la base social de la dictadura proletaria y del Estado obrero. El proletariado puede convertirse en clase dirigente y dominante en la medida en que consigue crear un sistema de alianzas de clase que le permita movilizar contra el capitalismo y el Estado burgués a la mayoría de la población trabajadora...”.²⁴ En segundo lugar, porque Gramsci en su análisis del Estado burgués tuvo siempre presente la ‘hegemonía’ y el ‘dominio directo’ (o de mando) y los pensó en cuanto *aspectos o planos*, no como partes orgánicas, distinción metódica, pues, más que

²³ G. Bonomi ha ofrecido una lista no cerrada de expresiones gramscianas en la que está presente la tensión dialéctica. (Ver *La Théorie gramscienne de l'état*, incluido en *Les Temps modernes*, n.º 343, Février 1975, pp. 977-978.

²⁴ Fiori, G., *Vida de Antonio Gramsci*, Barcelona, 1968, p. 286.

orgánica. (Vid., *La formación de los intelectuales*, incluido en la *Antología* preparada por M. Sacristán, p. 394.) Pero además de ir contra la letra atenta también contra las intenciones básicas de Gramsci, pues como ha escrito G. Fiori en su conocida biografía de Gramsci: “para Gramsci, el problema de fondo consiste en la creación de una nueva *Weltanschauung* proletaria, de una nueva concepción de la vida que (en la primera fase, de movimiento por la conquista del Estado) penetre en la consciencia de los gobernados y sustituyendo a la precedente restrinja el área de consenso popular a la forma liberal del Estado, y que después (en la segunda fase de gestión del poder conquistado) asegure al nuevo Estado proletario la más amplia base de adhesión”.²⁵

A pesar de las líneas críticas de este papel la obra de M. A. Macciocchi supone un valioso intento de recuperación revolucionaria de la proteica obra del dirigente y pensador italiano privilegiando el plano de la acción frente al del logos, y es de esperar que estimule a tomar contacto con el texto del propio Gramsci del que se dispone en la excelente *Antología* preparada por M. Sacristán y aparecida en la misma editorial.

El estudio crítico de la obra gramsciana junto con la de los varios clásicos nombrados al comienzo puede contribuir a impulsar una poderosa corriente marxista en España una vez que la lectura althusseriana de Marx —dominante hasta hace bien poco— ha evidenciado estar desprovista en el plano teórico de la necesaria logicidad formal, de consistencia (al recusar en su segunda etapa conceptos y tesis claves de la primera) así como su impotencia en el ámbito de la práctica sin adjetivos.